



Rafael Grisi. Archivo: Ángel Grisi Orrico, 2006.



Integrantes de la familia Grisi Orrico. Archivo: Ángel Grisi Orrico, 2006.

LOS GRISI ORRICO

Sentado como siempre en la misma silla desvencijada del comedor, Rafael iniciaba con la puntualidad acostumbrada el ritual invariable de todos los días. Sosteniendo con la mano derecha la culata de fina madera labrada y presionando hábilmente con la izquierda el reluciente y extenso cañón de acero, abría por el medio la entrañable escopeta francesa para cerciorar, con ojo clínico, el estado higiénico de la báscula. Después de revisar minuciosamente el interior del arma, procedía a su limpieza introduciendo un delgado cepillo de metal a través del único orificio de metal al carbono. Comprobada la inexistencia de residuos de pólvora o cualquier otro cuerpo extraño en el interior del cañón, Rafael le daba una última mirada a su incondicional compañera de cacerías antes de colgarla en el muro de la sala. A veces, el anciano volvía a descolgar el temible y voluminoso instrumento de caza para luego cargarlo con ambas manos y apoyarlo con cierta dificultad en el hombro derecho, ya no era el hombre ágil de treinta años atrás. Le gustaba simular la mejor pose suya de cazador y esto lo hacía feliz. Feliz porque de esta forma sus recuerdos preciados, cada vez más distantes, llegaban veloces y fulminantes como la implacable nube gris y menuda de perdigones que salía disparada desde la boca mortal de su escopeta para terminar con la existencia de la tímida perdiz altiplánica. Era así como Rafael Grisi venía invocando al pasado. Recordando con melancolía todas aquellas jornadas alegres y agitadas que vivió en la lejana Bolivia. Sobre todo cuando en 1925 era un joven de buena presencia y ojos vivaces rebosantes de vida que llegaba hasta las templadas tierras chuquisaqueñas con mujer y dos pequeños hijos dispuesto a ganarse el pan y el techo junto a su tío José Orrico y el adolescente Francisco, hermano menor de su esposa. Allí se empleará como asistente en el almacén que Orrico había adquirido en Sucre. Sin embargo, las diferencias de edad y carácter se manifestaron abiertamente entre los familiares, dando como resultado su prematura salida del negocio. Sin perder el tiempo y conciente del rol de padre que había adquirido en su natal Trecchina, Rosa y los pequeños Ángel y Blas dependían de él, instalará junto a su joven cuñado una tienda de textiles aprovechando la amistad que tenía en La Paz con el próspero empresario textilero Domingo Soligno, quién le enviaba mercadería constantemente. Los Grisi Orrico no tuvieron ganancias formidables mientras residieron en Sucre, pero si incrementaron el número de los miembros de la familia con la llegada de Mario. Con una boca más por alimentar la situación económica de los italianos se tornaba angustiada. Las ventas eran escasas y la competencia crecía amenazante. Rafael, junto a Rosa, los niños y Francisco, decide embalar las maletas para partir rumbo a la ciudad de La Paz. La Sede

de Gobierno cobijaba más industrias y la población urbana era más numerosa que la de Sucre. En este nuevo contexto las oportunidades estaban esperando en algún rincón por los italianos.

De vendedor de telas a marmolista

Mientras Rosa terminaba de desempacar el equipaje, Rafael se hallaba buscando empleo en los diferentes negocios que sus paisanos habían establecido con anterioridad en la urbe paceña. Y es precisamente en un almacén de la calle Comercio donde encuentra ocupación y sosiego. Sin saberlo, Rafael había dado con el paradero de la tienda de uno de los más prestigiosos y conocidos residentes italianos en Bolivia, Herminio Forno. Claro que para ese entonces eran sus descendientes quienes venían conduciendo los destinos del afamado negocio. Rafael consigue emplearse en el lugar y trabaja con esmero vendiendo paños y casimires, logrando, con esta actividad, incrementar el nivel de vida de su familia y, por si fuera poco, obtiene un margen discreto de ahorro para empezar a acumular capital. No pasaría mucho tiempo para que Grisi encamine sus propios pasos en el ramo del comercio textil. Nuevamente Francisco Orrico lo acompañará en este intento, ambos eran responsables y en esta ocasión no tenían que responder a nadie por las ganancias o pérdidas del negocio, de esta manera los comerciantes de Trecchina se dedican a la importación de sombreros borsalino y telas desde Italia. Las ventas resultaron generosas y las ganancias les permiten obtener un nuevo negocio. Si algo caracterizó a la sociedad entre Rafael y Francisco –a quienes no sólo los unía un fuerte lazo familiar– fue la honradez y esfuerzo que impusieron a cada uno de sus actividades laborales. Francisco era cumplidor y juicioso, mientras que Rafael, enérgico y versátil, ponía sobre la mesa las ideas e iniciativas para conformar un equipo idóneo de trabajo. Así es como los socios adquieren de manos del marmolista italiano Alceste Venturini las riendas de la Marmífera y Fundación Boliviana.

El taller se encontraba en una zona escarpada y distante del centro de la ciudad. Allí, sus días de labor eran acompañados por la lóbrega y solitaria imagen del principal campo santo de la urbe. Pero es en esta necrópolis donde se concentra la mayor cantidad de sus trabajos. El Cementerio General crecía a la par de la ciudad y necesitaba ornamentar cuanto antes los diferentes mausoleos y bóvedas que se hallaban dispuestos en su interior. Tal cuál lo hizo en su tiempo Venturini, los neófitos marmolistas inician una carrera veloz para continuar con la venta de altares, gradas, lápidas y esculturas en mármol blanco. El resultado, obras magníficas que continuaron embelleciendo los lugares públicos de la ciudad. Pasaron los años y Rafael tuvo tiempo para construir dos residencias más en la avenida Landaeta. Las casas, al igual que otros bienes inmuebles que poseía, fueron a parar a las manos de sus hijos. Él sentía que su misión fuera de Italia había concluido y por ello optó por regresar a la tierra materna junto a la fiel y abnegada Rosa. Ya en Potenza, en su hogar de Trecchina, el anciano compartió sus últimos días con los recuerdos entrañables que su paso por Bolivia le obsequió.